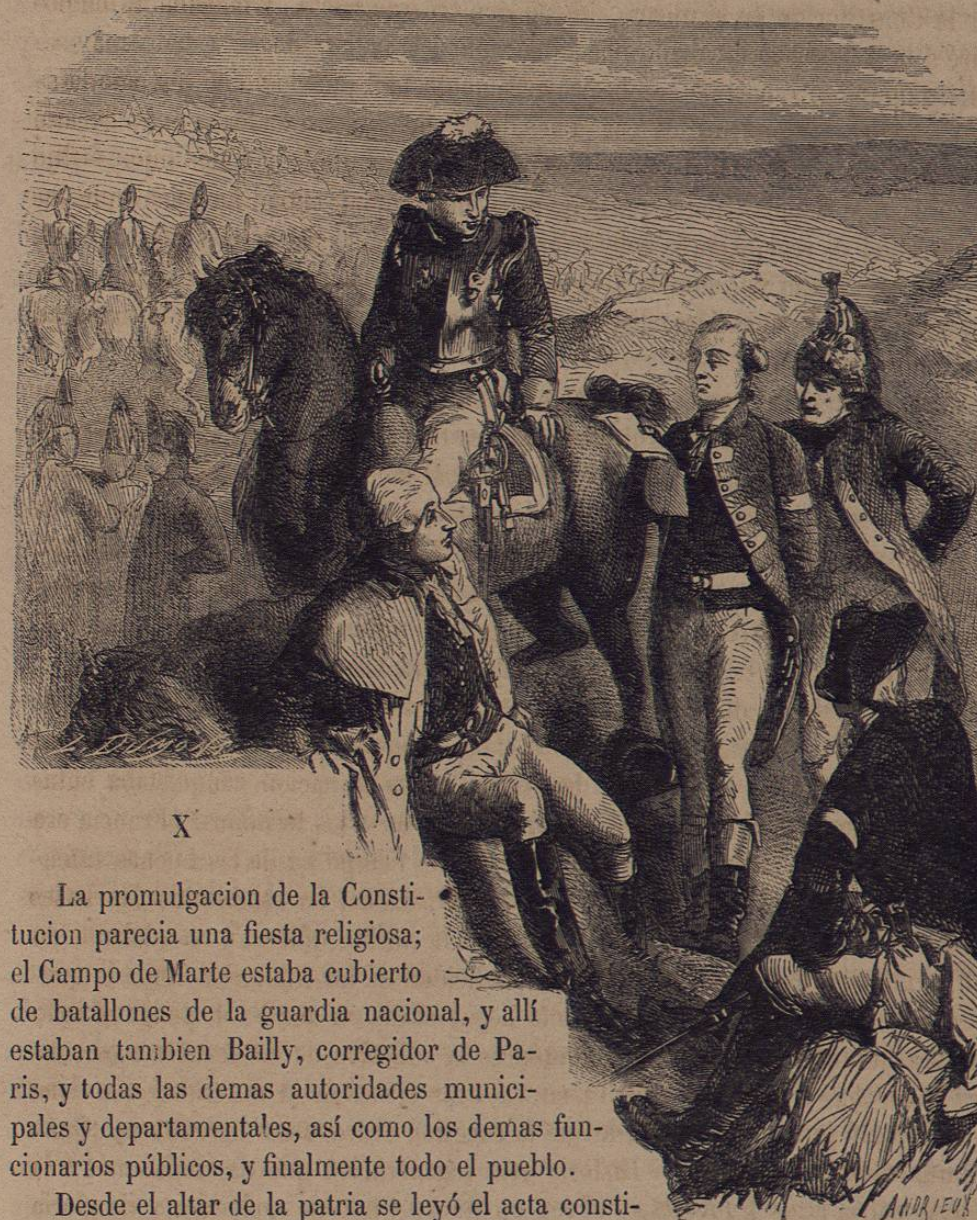


jurar la Constitucion en el mismo sitio en que ha sido hecha, y mañana al medio-día iré á la Asamblea nacional».

La Asamblea, conforme con la proposicion de Lafayette, adoptó por unanimidad la amnistia general pedida por el rey. Una diputacion numerosa fué á llevarle el decreto; la reina estaba presente. «Aquí teneis á mi mujer y á mis hijos,—dijo el rey á la diputacion;—todos participan de mis sentimientos.» La reina, que tenia necesidad de reconciliarse con la opinion pública, se adelantó y dijo: «Ved á mis hijos que, como yo, acuden á tomar parte en los deseos del rey». Estas palabras, repetidas á la Asamblea, dispusieron los corazones al perdon que la majestad venia á implorar.

Al dia siguiente el rey se presentó en la Asamblea, y por deferencia á un decreto reciente que suprimia las demas órdenes de caballería, no llevaba otra condecoracion que la cruz de San Luis. Se colocó al lado del presidente, y la Asamblea permaneció en pié. «Vengo—dijo el rey—á consagrar aquí solemnemente la aceptacion que he dado al acta constitucional. Juro ser fiel á la nacion y á la ley, y emplear todo el poder que se me ha delegado para sostener la Constitucion y hacer ejecutar los decretos. ¡Ojalá sea esta grande y memorable época la del restablecimiento de la paz, y ojalá llegue á ser nuestra Constitucion la prenda de la felicidad del pueblo y de la prosperidad del imperio!» Los aplausos unánimes de la sala y de las tribunas, afectuosos para el rey, aunque hijos de los sentimientos liberales de los que los tributaban, demostraron que la nacion conquistaba entusiasmada su Constitucion. El presidente respondió en estos términos: «Francia era víctima de grandes abusos que triunfaban mucho tiempo há de las buenas intenciones de nuestros mejores reyes. La Asamblea nacional ha establecido las bases de la pública prosperidad, ha querido lo que la nacion quiere, y en adelante no serán ya estériles los votos de V. M. por la felicidad de los franceses. Nada le quedará que desear á la Asamblea en cuanto llegue el dia en que V. M. ponga el sello á su obra, jurando la Constitucion. Entónces la adhesion de los franceses os conferirá la corona, y lo que la asegura en vuestras sienas es la necesidad que tiene una nacion tan grande como ésta de que la sucesion al trono sea hereditaria. ¡Cuán sublime, señor, no será en la Historia esta regeneracion que da ciudadanos á la Francia, patria á los franceses, y al rey un nuevo título de esplendor y de gloria y una fuente perenne de felicidad!»

La Asamblea en masa acompañó al rey hasta las Tullerías, no costándoles poca dificultad el atravesar por medio de un pueblo innumerable que prorumpia en gritos de alegría. Las salvas de la artillería y las bandas militares anunciaban á Francia que la nacion y el rey, el trono y la libertad, se habian confundido en la nueva Constitucion, y que tras de tantos años de intestinas discordias, habia en fin aparecido el venturoso dia de su union. Estas aclamaciones del pueblo parisiense se hicieron extensivas á todo el reino, y Francia disfrutó algunos dias felices. La esperanza enterneció los corazones de los hombres, y les hizo volver á sus antiguos sentimientos de adhesion al monarca. Este príncipe y su familia se veian obligados á asomarse con frecuencia á los balcones de palacio por condescender con los deseos de la multitud, que, deseosa de hacerles conocer cuán dulce es el amor de un pueblo, les vitoreaba en cuanto se asomaban.



X

La promulgacion de la Constitucion parecia una fiesta religiosa; el Campo de Marte estaba cubierto de batallones de la guardia nacional, y allí estaban tambien Bailly, corregidor de Paris, y todas las demas autoridades municipales y departamentales, así como los demas funcionarios públicos, y finalmente todo el pueblo.

Desde el altar de la patria se leyó el acta constitucional á toda la nacion, y esta lectura fué saludada por ciento y un cañonazos. La aceptacion del pueblo consistió en un grito unánime de ¡Viva la nacion! proferido por trescientas mil bocas. Los ciudadanos se abrazaban mutuamente, cual si fuesen miembros de una sola familia, y por la noche volaron por el espacio infinidad de globos aerostáticos cubiertos de inscripciones alusivas al acto que se habia celebrado, semejantes á otros tantos correos salidos de los Campos Elíseos y encargados de llevar á aquellas elevadas regiones el testimonio del gozo de un pueblo, que no podia contenerlo dentro de su pecho al verse regenerado. Los que iban en estos globos arrojaban al pueblo hojas impresas de distintos colores, en las que se leian los principales artículos de la Constitucion. Las iluminaciones fueron magníficas, y las guirnaldas de fuego que corrian de un árbol á otro, desde la puerta de la Estrella hasta las Tullerías, formaban un torrente luminoso en cuyo alrededor se agrupaba todo el pueblo. De trecho en trecho habia varias or-

Ejército de los príncipes franceses en Coblenza.—Pág. 160.

questas cuyos sonoros ecos eran los de la gloria y de la alegría públicas. Mr. de Lafayette se paseaba á caballo por aquel sitio á la cabeza de su estado mayor, y parecia que su presencia colocaba los juramentos del pueblo y del rey bajo la salvaguardia del pueblo armado. A las once de la noche se presentaron allí en magníficos coches el rey, la reina y sus hijos, que, rodeados inmediatamente por aquella inmensa turba popular, parecia que les estrechaba en su seno al mismo tiempo que gritaba ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el Delfin! Estas muestras de entusiasmo y de respeto y aquel sinnúmero de sombreros arrojados por el aire eran una compensacion de las humillaciones y ultrajes que habia sufrido la familia real, de aquel mismo pueblo y en aquel mismo sitio. Parecia que la nacion queria hacer desaparecer hasta la memoria de aquel funesto dia, y demostrar al rey lo fácil que era calmar al pueblo y lo dulce que le sería reinar sobre hombres libres. La aceptacion de las leyes de la Asamblea constituyente por la nacion fué la contraprueba de su obra. No fué legal, pero tuvo todo el valor de una aceptacion individual de las asambleas primarias, y demostró que el voto del espíritu público estaba satisfecho. Lo que la Asamblea con su gran prudencia habia votado por reflexion, la nacion lo votó por aclamacion, y lo único que le faltaba al sentimiento público era la seguridad. Puede decirse que no trataba el pueblo de otra cosa que de deslumbrarse á sí mismo con el delirio de su felicidad, compensando con las manifestaciones exteriores de su gozo lo que le faltaba de solidez y de duracion.

Tomaba parte el rey de buena fe en este contento general, recordando lo mucho que habia sufrido en los tres últimos años; aparecia algunas veces á su vista un borrascoso porvenir, pero entónces trataba de hacerse ilusiones halagüeñas y de persuadirse de que sería feliz en lo sucesivo. Trabajaba por adquirir la conviccion interior de que tal vez se habia equivocado anteriormente al juzgar del espíritu del pueblo, y que ahora que se habia entregado á él, quizá este pueblo volveria á respetarle, porque veria en el rey su propio poder y su propia voluntad. Luis XVI, con la hombría de bien propia de un corazon tan honrado y noble como el suyo, juraba ser fiel á la Constitucion y seguir amando á la nacion. La misma María Antonieta volvió á entrar en palacio con disposiciones muy distintas; tanto, que dijo al rey: «Este pueblo no es el mismo». Y tomando entónces á su hijo en los brazos, le enseñó á aquel inmenso pueblo que estaba apiñado en el terraplen de palacio, como si tratase de cubrirse á los ojos de aquella multitud con el escudo de la inocencia y hacerla enternecer, viendo en esta accion el interes de una madre cariñosa hácia un hijo querido.

A los pocos dias dió el rey una fiesta al pueblo de Paris, y queriendo que hasta los más infelices experimentasen un dia de gozo, cuando todo el mundo parecia ser dichoso, mandó distribuir copiosas limosnas entre los pobres. Cantóse aquel dia un *Te-Deum* en la catedral, cual si la promulgacion de la nueva ley hubiese sido una victoria para la nacion francesa, hasta que, finalmente, el 30 de Setiembre fué el rey en persona á cerrar la Asamblea constituyente. Antes que S. M. entrase en el salon, Bailly y Pastoret felicitaron en nombre de la municipalidad y del departamento á la Asamblea constituyente por haber terminado su obra. «Legisladores, —dijo Bailly, —el poder de que habeis estado investidos hasta ahora no puede ser ya mayor: mañana ya no sereis nada, por cuya razon no podeis juzgar que mis palabras sean hijas de un interes particular, ni que tenga al dirigirlas el objeto

de adularos. Lo que da márgen á mis justas alabanzas son vuestras mismas obras. ¡Ellas harán que seais benditos por una posteridad que para vosotros principia hoy!» Pastoret añadió estas breves palabras: «La libertad se habia refugiado al otro lado de los mares ó en la escabrosidad de las montañas. Vosotros habeis levantado su abatido trono. ¡El despotismo habia ido borrando una á una todas las páginas del gran libro de la naturaleza, pero vosotros habeis restablecido el decálogo de los hombres libres!»

El rey entró en la Asamblea á las tres de la tarde, rodeado de todos sus ministros, y en cuanto se presentó allí, los repetidos gritos de ¡Viva el rey! no le permitieron hablar en mucho tiempo. «Señores, —dijo Luis XVI, —con haber terminado la Constitucion, habeis hecho que el dia de hoy sea el último de vuestras penosas tareas. Tal vez hubiera sido de desear que vuestras sesiones se prolongasen aún por cierto tiempo, para que lo tuviéseis vosotros mismos de ensayar vuestra obra; pero al observar del modo que lo habeis hecho, no me cabe duda de que habeis querido mostrar la diferencia que debe haber entre las funciones de un cuerpo constituyente y los legisladores ordinarios. La fuerza que me habeis confiado la emplearé toda en consolidar la Constitucion y en hacer que sea acatada con el respeto y obediencia que se le deben. Con respecto á vosotros, señores, que habeis mostrado un celo infatigable en los improbables trabajos de vuestra larga y penosa carrera, aunque hayais terminado vuestra obra, todavía os queda por cumplir un deber sagrado cuando, al volver al seno de vuestras familias, os halleis dispersos por todo el reino. Este deber es el de ilustrar á vuestros conciudadanos sobre el espíritu de las leyes que habeis confeccionado, y dando ejemplo de vuestro amor al órden y de vuestra sumision á esas mismas leyes, procurar que en adelante no sea sino una la opinion de todos los franceses. Os ruego, finalmente, que al volver á vuestros hogares seais intérpretes de mis sentimientos cerca de vuestros conciudadanos, á quienes direis que el rey será siempre su primero y más fiel amigo, y que necesita verse amado de ellos, porque sólo en ellos y por ellos puede ser feliz.»

El presidente contestó á S. M. con las siguientes palabras: «La Asamblea nacional, llegada al término de su carrera, goza ya en este momento del primer fruto de sus trabajos. Convencida de que el sistema de gobierno más conveniente para Francia es el que concilia las respetables prerogativas del trono con los derechos inalienables del pueblo, ha dado al Estado una Constitucion que ofrece iguales garantías al trono y á la libertad. Nuestros sucesores, que van á tener el terrible encargo de ser los depositarios de la salvacion del imperio, no desconocerán sus derechos ni traspasarán los límites constitucionales; pero vos, señor, sois el que lo habeis hecho casi todo, porque aceptando la Constitucion habeis terminado una revolucion».

El rey salió de la Asamblea en medio de las más vivas aclamaciones. Se dijo entónces que la Asamblea nacional deseaba con ansia disolverse por apartar de sí la responsabilidad de los acontecimientos ulteriores, que no se creia con fuerzas para dominar. Target, presidente de la Asamblea, en cuanto salió el rey, la cerró con estas palabras: «La Asamblea constituyente declara que su mision está concluida, y que en este momento termina sus sesiones».

El pueblo, que se agrupaba en torno del Picadero, pesaroso de ver que la re-

volucion habia abdicado en manos del rey, insultó conforme iban saliendo á todos los miembros que le eran conocidos pertenecientes al lado derecho, hasta al mismo Barnave. Estos hombres recogieron desde el primer día la ingratitud que tantas veces habian fomentado, y se separaron tristes y desalentados.

El pueblo coronó con guirnaldas de hojas de encina á Robespierre y á Petion, y desenganchando los caballos de sus coches, se los llevó en triunfo. El poder de estos dos hombres y el entusiasmo que por ellos tenian las masas atestiguaba ya la impotencia del nuevo código y presagiaba su ruina. Un rey amnistiado volvia á entrar, sin ningun prestigio, en un palacio en que poco hacía se hallaba prisionero. Unos legisladores tímidos abdicaban en medio del tumulto, al mismo tiempo que dos tribunos triunfantes eran vitoreados por el pueblo. Todo el porvenir se manifestaba ya con entera claridad para el hombre pensador, con sólo reflexionar en estos hechos. La Asamblea constituyente, que habia comenzado por una insurreccion de principios, concluia con una sedicion. ¿Estaba la falta de todo esto en aquellos mismos principios, ó era culpa de la Asamblea constituyente? Esto es lo que examinaremos más adelante, echando una mirada sobre todos los actos de la Asamblea. Dejemos para entónces este juicio, por no interrumpir la narracion.

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa. — Las potencias empiezan á conmovirse. — El ejército de los principes franceses en Coblenza. — Conferencias de Pílnitz. — Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, á excepcion de Robespierre. — Madama de Staël. — Su retrato. — Influencia que tenia en el partido constitucional. — El conde Luis de Narbona. — Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido. — Este se niega á ello.

I

Trabajada Francia por dos convulsiones distintas, apenas respiraba, y la revolucion vacilante estaba aún entre detenerse en el punto adonde habia llegado, ó servirse de la Constitucion como de un escalon para llegar á la república. Empezaba Europa á conmovirse, ya que, egoista y falta de prevision, no habia notado en los primeros síntomas revolucionarios de Francia que en Paris se estaba representando una especie de drama filosófico, cuyo escenario fué la Asamblea de los notables, la Constituyente y la reunion de los Estados generales; y los protagonistas, el genio popular representado por Mirabeau, y el de la aristocracia personificado en Luis XVI y en el clero. Los soberanos de Europa y sus ministros no habian visto en este grande espectáculo más que la continuacion de aquella lucha á que ellos habian asistido y en la que se habian interesado secretamente, sostenida por una parte por Voltaire y Rousseau, y por otra por los antiguos aristócratas y por los sacerdotes. Segun el modo de ver de aquellos monarcas, la revolucion no era otra cosa sino la filosofía del siglo, que de los salones se habia trasladado á las plazas públicas, y de las obras enciclopédicas habia pasado á las bocas de los oradores de la Asamblea. Esta conmocion del mundo moral, oida por ellos desde léjos, presagiaba en Paris cierta cosa desconocida en los destinos europeos, pero esta misma agitacion seducia más bien que inquietaba á los monarcas de las demas naciones. No notaban éstos que las instituciones no son otra cosa que la manifestacion ostensible de las ideas, y que si habia un trastorno en las que tenia anteriormente el pueblo frances, arrastraria éste tras sí los tronos y las nacionalidades. Cuando el espíritu de Dios quiere una cosa, parece que todo el mundo la quiere tambien y que contribuye á su logro impulsado por una fuerza invisible. Europa daba á los primeros actos de la revolucion francesa el tiempo necesario para que llegasen á conocimiento de todos los Estados europeos, y esto era más de lo que necesitaba la revolucion para ir prosperando. Cuando no se sofoca la primera chispa que se descubre, el incendio adquiere pronto unas proporciones colosales, y ya no es posible extinguirlo. El estado político y moral de Europa era favorable á la propagacion contagiosa de las nuevas ideas; razon por la cual el tiempo, los hombres y las cosas estaban á merced de Francia.